

# UN HOMBRE MUERTO

Se murió no hace mucho  
y se quedó estirado  
mirando el techo de su cuarto, triste.  
Le cerraron los ojos. No querían  
que viese la gotera renovada,  
ni el desconchón, que simulaba entonces  
de algún patriarca la cabeza augusta.  
Ya nada le decían estas cosas  
pues más muerto que estaba no podía.  
El era un hombre de los tantos hombres  
con una pierna coja por herencia.  
Le gustaba el Casino, y sus divanes,  
y conversar tranquilo los domingos.  
Le gustaba bailar de vez en cuando  
y ponerse la capa en el invierno  
y le gustaban las mujeres siempre.  
El hizo versos que leyó en la noche  
con un café delante y con amigos,  
creyéndose poeta y relatando  
su eterno cojear entre los hombres.  
Por eso nos llenamos de tristeza  
al afirmar que no lo conocimos,  
que no supimos nunca los secretos  
que arrojaban los vuelos de su capa,  
ni el dolor de acostarse cada noche  
solo en la cama triste de una fonda,  
después de haber pasado ante ventanas  
que guardaban murmullos de dos voces.  
El sólo conocía las esquinas  
con olor a desagües de borrachos  
y las casas amigas de la noche.  
El sólo supo de perfumes tristes  
en las alcobas sin suspiros hondos.  
Por eso no miraba a los juguetes,  
ni tenía un hogar en la mirada,  
ni labios que besar, ni supo nunca  
lo que es mecer a un niño que se duerme.  
Pero ya se ha ido él con su sombrero  
y su capa de diez generaciones.  
Aún me parece ver al hombre ahora  
bailando por la noche en el Casino.

León RAMOS.